

# 97 INTERIOR y 43 BIS

COMUNIDADES PARROQUIALES DE S. ESTANISLAO DE KOSTKA y S. VICENTE FERRER • N.º 233 – Mayo 2021

## PERSONAS DEL ESPÍRITU

Queridos amigos:

Los artículos que hoy acompañan este ejemplar me parecen tan especiales que sobran hoy mis palabras. No sé si seré capaz de dar unas palabras de esperanza y fe ante la dura realidad que estamos viviendo.

Ante mí hoy viven dos realidades que parecen contrapuestas: la escucha gozosa de la Palabra, y la atroz situación de tantas personas, seres humanos como nosotros, que viven hoy una realidad intensa de muerte: la matanza de palestinos, el drama de los refugiados, la situación de los migrantes, la realidad miserable de tantísimas partes de nuestro mundo, la práctica del aborto... Desde luego que la muerte de los inocentes que nos narra el Evangelio de San Mateo (Mt 2, 16-18) y el libro del Éxodo (Ex 1, 13-16), hoy tiene plena vigencia.

Esta mañana leía el Evangelio del día, y me sorprendía: "...quien deje por mí padre, o madre, o hermana o hermano, o casas o tierras por mí, recibirá cien veces más en la vida presente..." (Mc 10, 28-31). Por esto mi sorpresa interior: ¿cómo se puede vivir con gozo la alegría de la fe, estando en situaciones tan contradictorias.

Me acordaba del profeta Jeremías: el hombre se queja y se lamenta, su situación realmente era angustiosa, muy semejante en lo vital a las realidades a las que yo antes aludía, y sin embargo, como dice él mismo, "cuando encontraba tus palabras, las devoraba... eran la alegría de mi corazón..." (Jer 20, 7-18).

En medio de una realidad de muerte y angustia, que está cerca y lejos, que parece que se impone en nuestro mundo completamente, hoy Dios nos recuerda que hay una realidad de vida que se impone, que su Presencia está ahí, a nuestro lado, en nosotros; abrírnos a Él, realmente da más plenitud y armonía que nada ni nadie nos puede dar.

Es difícil aprender a abrírnos a Él. Cierto. Pero posible. La vida, la historia, está llena de personas que lo han vivido. En la historia universal, y en nuestra vida, seguramente conocemos a grandes creyentes (tuve la gran suerte de conocer a Juan de Dios Martín Velasco, de quien hoy hablamos). Ellos son testigos de vivir el gozo de la fe desde las dificultades. Si, es posible vivir el gozo del Evangelio. Es posible dejar a Dios un lugar grande en nuestro ser. Y es posible vivir sabiendo que Dios, nuestro Padre que tanto nos quiere, hace posible la vida plena en cada uno. La realidad de muerte, va a cambiar. La realidad de la Vida plena, no. Es Dios quien está ahí. Ojalá que *los tiranos se conviertan* (que su corazón de piedra se transforme en un corazón de carne); ojalá que la Iglesia, que toda la humanidad denuncie, denunciemos, las injusticias; ojalá que trabajemos sin amargura por un mundo mejor de hermanos e iguales. Pero, sobre todo, que nos demos cuenta que vale la pena sentir y vivir la Presencia de Quien es la Vida en nuestra vida. Un fuerte abrazo:

**José Luis,  
vuestro párroco.**



# VIVIR LA PASCUA HOY

Lala Franco

Me pregunto por el significado concreto en mi vida, en nuestras vidas, de vivir la Pascua, de vivir según la alegría y la conmoción de la resurrección. Los discípulos experimentan a Jesús resucitado –Rabboni, maestro, le dice María Magdalena al encontrarlo vivo cuando esperaba encontrarlo en el sepulcro–, y esa presencia es la que ilumina sus vidas y los hace en adelante vivir de otra manera y reunirse como hermanos.

Acabamos de celebrar Pentecostés, ese otro momento decisivo en el que, después de varias apariciones de Jesús, la fuerza del Espíritu se manifiesta a los discípulos y los incendia, literalmente, desciende como fuego sobre ellos. Y los hace capaces desde ese momento de hablar todas las lenguas.

Me pregunto si soy capaz de hablar todas las lenguas, es decir, de hacerme entender por mis hermanos en esta sociedad compleja. Si soy capaz de pronunciar palabras significativas que ellos entiendan y puedan ser una luz, un consuelo, una ayuda, para sus vidas.

Para ello primero necesito estar incendiada por la fuerza del Espíritu; preciso al menos dejarme trabajar por Él, porque sin encuentro personal, sin vida interior, no hay misión posible. La misión de los cristianos no nace de la obligación sino del amor desbordado. De modo que vivir la Pascua exige, para mí, un tiempo personal de silencio, de oración, con la que fundamentar y dar sentido y densidad al acontecer diario desde la experiencia del Amor que reconozco en mí.

Desde ahí, trato de leer la realidad con ojos de la huella de Dios en el mundo y en los otros. Dios nos precede y nos va enseñando al camino. Pero tenemos que reconocer las señales y no podremos hacerlo sin momentos de reflexión. Y sin la ayuda de los demás, de nuestra comunidad cercana y del conjunto de la Iglesia.

Finalmente, busco como vivir según la parábola del buen samaritano, con compasión activa y práctica. Me siento desbordada por tantos heridos como salen a mi camino. Hay tanto dolor, tantos colectivos enteros lastimados, tantas víctimas, que siento la tentación de mirar a otro lado, abrumada por la responsabilidad que significa mirar, desde el lado cómodo del mundo, a tanta gente que sufre.

Quedarme en mi entorno inmediato es una buena medida para no perder pie; miro a los necesitados cercanos, en todos los órdenes. Porque hay quien necesita dinero, quien precisa compañía, quien quiere hablar para encontrarse a sí mismo, y una larga lista que puedo hacer mirando con atención a los que me son cercanos. Luego, me pregunto también en qué dirección apunta mi caridad política, es decir, el modo

en que mis acciones y compromisos públicos contribuyen o no a un mundo más fraterno. Porque Él vino para que “tengan vida y vida abundante”. De modo que la suerte del mundo, de mi barrio, mi ciudad, mi país, no me pueden ser indiferentes,

En este sentido, para orientar mi compromiso social y político –que incluye preguntarme por a quién voto y por el tipo de sociedad que me gustaría contribuir a ir construyendo– miro a las orientaciones que el Papa Francisco viene dando a los cristianos, que son abundantes y claras. Y que me atrevo a resumir en: cuidar a las personas, cuidar nuestra casa común, cuidar la dimensión espiritual de nuestra propia vida. Es decir, ocuparse de los descartados –pobres, inmigrantes, maltratados, gentes en paro, dependientes, víctimas de tantas guerras e injusticias– y procurar que la economía y la política estén al servicio de un proyecto social en el que esos descartados no sean una condición del desarrollo ni se acepte que su existencia es inevitable.

Luego está, claro, el cuidado de la tierra. Que esto de la ecología no es un capricho, ni un acento. Es un tema moral mayor para los cristianos. El papa, en la Laudato sí, recoge las reivindicaciones mayores de la ONU y de las conferencias sobre el clima y les da profundidad desde la tradición bíblica y la doctrina social de la Iglesia. Es decir, integra el clamor de la tierra con el clamor de los pobres y le incorpora una visión trascendente de la realidad.

No se puede entender lo que ha sucedido con el Covid sin comprender la gravedad de ese clamor del planeta, maltratado por una visión económica que mira solo cómo obtener beneficios económicos a corto plazo. Salir de la pandemia incluye el vivir de otra manera, con otros valores, otro consumo, otro cuidado del medio ambiente.

Cito la reflexión de un colectivo de profesionales cristianos extremeños que, en apoyo de la Laudato sí, concluyen que puede ser un programa completo “para dejar un mundo mejor a nuestros hijos y unos hijos mejores a nuestro mundo”.

Y cultivar, desde lo cotidiano, una esperanza para nuestro mundo, es también una hermosa manera de vivir la Pascua.



# JUAN DE DIOS MARTÍN VELASCO, HOMBRE DE DIOS Y DE IGLESIA

Andrés Arregui

Hace poco más de un año, en plena pandemia y no se sabe si a consecuencia de ella, murió en Madrid a los 86 años **Juan de Dios Martín Velasco**, nacido en la provincia de Ávila. Ordenado sacerdote en 1956 en San Lorenzo del Escorial se incardinó en la diócesis de Madrid-Alcalá (actual archidiócesis de Madrid). Filósofo y fenomenólogo de las religiones. Completó su formación teológica y filosófica en la Universidad Católica de Lovaina, la Sorbona de París y en Friburgo (Alemania).

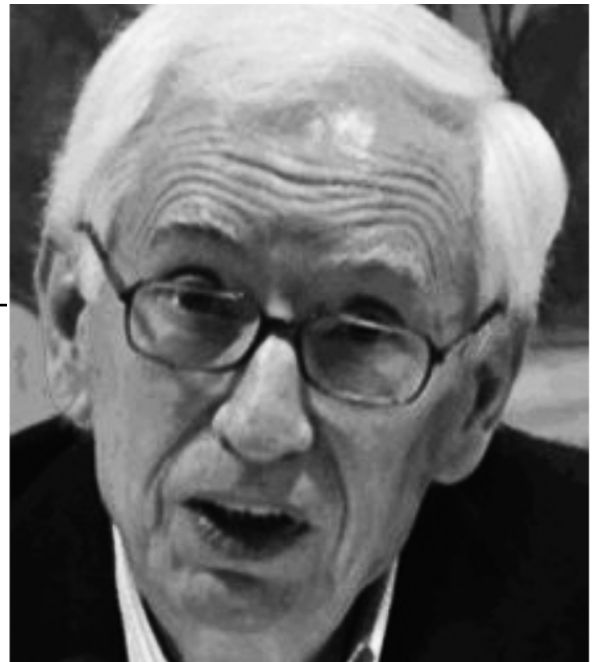
Tras volver a España en 1961, comenzó a enseñar Filosofía en las universidades de Alcalá, Comillas y el Seminario de Madrid, así como dirigir la Delegación diocesana de migraciones de Madrid. Desde 1973 también dirigió el Instituto Superior de Pastoral que dirigió hasta 2003.

En 1977 fue nombrado rector del Seminario Conciliar de Madrid por el arzobispo de Madrid Vicente Tarancón, cargo que ocupó hasta 1987. Durante su periodo al frente del Seminario, se cambió la organización interna de éste pasando la mayoría de seminaristas a vivir su periodo de formación en pequeñas comunidades situadas en parroquias de barrios de la periferia (Vallecas, Carabanchel, Aluche), en lugar de en la sede principal en el centro de Madrid. Tras su jubilación como profesor en 2004, colaboró como sacerdote adscrito a la parroquia de San Pablo (Vallecas).

Martín Velasco publicó numerosos artículos y libros dedicados a la filosofía y la fenomenología de las religiones. Sus primeros libros, tuvieron una enorme relevancia en el panorama de la filosofía de la religión y la teología fundamental: “El encuentro con Dios” y “Fenomenología de la religión”.

De los siguientes, hasta llegar a la cuarentena, destacan: “El hombre y la religión”, “Ser cristiano en una cultura posmoderna”, “Mística y humanismo”, “Orar para vivir”, “¡Ojalá escuchéis hoy su voz!”, “La experiencia cristiana de Dios” y “Creo en la Iglesia”.

La tarea de la fenomenología de la religión es estudiar el fenómeno religioso como acontecimiento, e interpretar las distintas maneras en que lo sagrado aparece en los grupos humanos a lo largo del mundo y la forma en que el ser humano entiende y se preocupa por lo que entiende que se le revela y por lo que continúa permaneciendo como misterio. La fenomenología de la religión concierne a la experiencia de la religión (su fenomenología). Ve la religión como



formada de distintos componentes, y los estudia a lo largo de las tradiciones religiosas para conseguir entenderlas.

Dividiendo la ciencia de la religión en dos áreas de investigación: esencia y manifestaciones, a las que se aproxima a través de investigaciones filosóficas e históricas respectivamente. La tarea de la fenomenología consiste en preparar los datos históricos para el análisis filosófico a través de “una colección, un agrupamiento, un arreglo y una clasificación de los principales grupos de concepciones religiosas”.

Suya es la frase: “Hablar de Dios desde la experiencia de Dios y de Dios como padre, evitando hablar de Dios pegando la etiqueta “Dios” a un concepto previamente elaborado por nuestra razón”.

Una de sus principales preocupaciones fue la evangelización y el análisis de la realidad sociocultural donde dominan la increencia y la indiferencia propias de los años sesenta y setenta, años de la “contracultura” propia de los jóvenes de Europa Occidental y Estados Unidos que rechazaban los valores morales de sus padres. Regresó a España «preocupado por la formación de los agentes de pastoral y sacerdotes y la reforma de una Iglesia sencilla, evangélica y creíble».

Si bien su principal característica fue la experiencia mística que vivió y practicó. A través de la observancia de los mandamientos se desarrollan en el hombre las virtudes, que hace que el hombre sienta cada vez menos el esfuerzo de la lucha contra el pecado y experimenta más el gozo de la luz de Dios que impregna toda la Creación. Es en esta etapa en la que el alma experimenta una particular unión con Dios.

Dicha unión se produce en la contemplación del Ser divino y en la experiencia de amor que surge en ella. Anticipándose en cierta medida a la condición del hombre en la Eternidad. Es la culminación de la mística.

Aprendamos de este gran hombre, creyente sencillo y grande.

# EL ESPÍRITU SANTO EN LA ERA “COVID”

Ignacio María Fernández de Torres

La realidad del Espíritu Santo nos remite a cinco realidades nucleares en nuestro ser católicos.

La primera es la realidad de Dios mismo, pues el Espíritu Santo es “alguien del misterio de nuestro Dios”, (diríamos escolásticamente que es la tercera persona de la Santísima Trinidad) y sin él, nuestro Dios no sería el Dios de Jesucristo.

La segunda es un aspecto fundamental de la relación de Dios con nosotros, de cómo se nos manifiesta y percibimos. Dios es el Dios de las promesas: la tierra, la liberación, la alianza, el Mesías y el mismo Espíritu. Y en todas ellas, Dios cumple, la palabra que pronuncia una vez Dios, la da para siempre.

En tercer lugar, el Espíritu nos remite a Cristo, pues es fruto de la relación entre Él y el Padre, es la garantía de que no nos deja solos, es la presencia indeleble de su amor en y entre nosotros. Él hace posible nuestra relación con Cristo y, por tanto, nuestra vida cristiana que se realiza en el cumplimiento del mandato nuevo y del envío para anunciar el Evangelio.

La cuarta es la Iglesia. El Espíritu hace posible la vida en comunidad, no lo recibimos sólo individualmente, sino también como comunidad eclesial. Sin Espíritu no hay Iglesia.

Finalmente, el Espíritu Santo nos remite a los sacramentos. Ellos son posibles por el Espíritu.

¿Qué tiene que ver todo esto con la era “Covid”?

Ante el sufrimiento, ¿cómo no volver la mirada a Dios? ¿cómo no invocar a Aquél que nos ama hasta el extremo de darnos a su Hijo? Y cuando le miramos, descubrimos el Misterio de la comunión en el amor, tomamos conciencia de que somos imagen y semejanza de ese misterio. ¿Podremos superar esta crisis sin amor? ¿podremos salvarnos olvidándonos del otro? De verdad, el grito de “sálvese quien pueda, aguanta a la luz de lo que estamos viviendo y experimentando? La pandemia global nos obliga a una visión global. El Espíritu de Dios transforma nuestros corazones provincianos en corazones universales: hablaron lenguas extranjeras y todos les entendían. ¿Acaso hay un lenguaje más universal que el de la justicia y la caridad?

El Espíritu, que hace posible la fe en la Trinidad, nos empuja en estos momentos a una mayor vida comunitaria y eclesial, a una mayor solidaridad, a una mayor conciencia de que somos “humanidad” e Iglesia. Nadie es plenamente humano hasta que no se reconoce así mismo como tal, al reconocer al otro como humano.

Y, si Dios es el Dios de las promesas, ¿qué podemos y debemos prometernos los unos a los otros en estos tiempos pandémicos? Pues aprender la lección. Y la lección es que debemos cuidarnos los unos a los otros, valorar lo que tenemos, tomar conciencia de todas aquellas realidades que han tomado nuevo valor y perspectiva cuando las hemos visto con ojos y desde situaciones nuevas. Quién nos iba a decir que eran infinitamente valiosos aquellos a quienes minusvalorábamos: repartidores, las empleadas de la limpieza, servicios auxiliares, y así una larga lista. Debemos prometernos valorar el trabajo no sólo por su rentabilidad económica, sino también, y sobre todo, por su servicio

social y humano. Sirva esto para reivindicar para todos ellos salarios más justos.

Debemos revisar la calidad de nuestra vida eclesial. Verdaderamente los que somos hermanos en la fe, ¿hemos sido hermanos en estos momentos? Preguntémonos a cuántos he llamado ofreciéndoles mi ayuda, mi colaboración. La pandemia nos está recordando tristemente el divorcio que muchas veces existe entre fe y vida. Hemos reducido la vida de fe a creencias, la vida nueva de Cristo a códigos y leyes. ¿Podemos evangelizar así? ¿seremos creíbles? ¿realmente dejamos que el Espíritu guíe nuestras vidas, oriente nuestras decisiones, nos marque el camino?

El virus maldito nos ha herido en el cuerpo y en la mente, nos ha herido en el alma. ¿Cómo ser medicina ante tanto dolor? Los sacramentos nos dan pistas si los acogemos y celebramos como realidades guiadas y preñadas del Espíritu Santo. Cristo autentificó su identidad mostrando que quien se deja llevar por el Espíritu sana a ciegos y mudos, a cojos y leprosos, que libera a pobres y oprimidos. Cómo vivo, cómo uso mi tiempo, mis dones y talentos, mi dinero, mis posibilidades, ¿están sirviendo para aliviar el dolor y la muerte que nos ha traído la pandemia? Y la pregunta no es sólo moral, es principalmente teológica, porque según sea mi respuesta, así sabré quién es mi Dios.

¿Vivimos en esta clave los sacramentos? Decía Sta. Teresa de Jesús que, oración que no te cambia la vida, no es oración cristiana. Ante una realidad que necesita ser transformada, celebrar los sacramentos, ¿nos cambia la vida? Después de la Eucaristía, cuando llego a casa, hasta el próximo día, o el próximo domingo, ¿qué ha cambiado en mí? Cuando nos confesamos, o nos casamos, o nos dieron la unción,... ¿qué cambió?

El Espíritu hace posible que la buena noticia llegue a todos, en todas circunstancias y a todas partes, es la catolicidad geográfica, humana y existencial. Dios no ha provocado la pandemia, no nos la ha enviado, no es un castigo, pero Dios nos está hablando en medio de ella y por ella. Y nos habla a todos, como hijos todos, como hermanos todos. Reivindiquemos la catolicidad en el reparto de las vacunas que lleguen a todos.

El Espíritu vence el miedo, la comodidad, el egoísmo, la ira, la dureza de corazón, la soberbia, el individualismo, la desesperanza,... Si con Él vencemos, estaremos venciendo dos pandemias, la del virus que mata los cuerpos, y la del otro virus que mata nuestra vida cristiana. La que nos hace vivir una fe superficial, de rito y cumplimiento, la que convierte la caridad cristiana en limosnerismo, la justicia en reivindicación sospechosa, la aspiración al bien común en subversiva, el perdón en blandura, la dignidad humana en abstracción,... en definitiva, el virus que transforma el cristianismo en una anestesia para conciencias y en un mercado para comprar la salvación.

Ven, Espíritu Santo, renueva nuestras mentes, nuestros corazones, nuestras almas. Despiértanos de nuestro letargo, haznos protagonistas de una humanidad nueva. Que a imagen de Cristo, guiados por el Espíritu, seamos verdaderos sacerdotes, profetas y reyes, porque ese es el Espíritu que nos inundó en nuestro bautismo.